

Corrupción, una actividad legal

La mayor dificultad para erradicar la corrupción política, origen y soporte de la actual crisis, es que no suele ser un delito, no ocurre por acciones al margen de la ley. El poder de los políticos les permite manipular las leyes y aprovechar los resquicios, los mismos que ellos, legisladores, dejan para adaptarlas y conseguir mejor sus objetivos sociales, pero que ahora utilizan para alcanzar beneficios “personales” y para el partido. Darse cuenta de esto no es difícil, algunos gozan con la ostentación de su poder; en la mayoría, la observación crítica de sus actos descubre sus otros fines: sus decisiones tienen escasa lógica, sobrado lustre, justificación opaca y destilan arbitrariedad.

La corrupción es la búsqueda sin ética del propio beneficio. Es un defecto de la naturaleza humana primitiva; quizás por instinto de supervivencia, pero en la organización social es solo expresión de avaricia que, cuando la ejerce el poder político, es perversión ética, pues la practican los que la sociedad ha ungido para mejorar el orden y la justicia social. Son los políticos de mayor relevancia instalados en el poder, actuando con complicidad corporativa, los expertos en esta perversidad, con capacidad para sortear la legalidad, con pericia y naturalidad.

La experiencia diaria nos muestra que la corrupción está muy extendida y que incomprensiblemente es aceptada, de forma resignada por una parte de esta sociedad, mientras que la otra parte trata de aprovecharla y la ensalza “democráticamente”. La crisis actual, con sus tintes dramáticos, la que sufren, en especial, aquellos que no encuentran empleo, es solo una crisis con consecuencias económicas, pero es secundaria a la predominancia de las conductas corruptas en la acción política, que se ha servido y ha fomentado, durante años, las avaricias individuales para aumentar sus beneficios. La solución de la crisis es difícil, pues todo el poder sigue en las manos de los que la provocaron que, desprovistos de escrúpulos, continúan en la misma dinámica, sin sopesar que una sociedad en caída económica y ética puede reaccionar de forma imprevisible. ¿Por qué no repasan la historia, no tan lejana, para evitar el camino que tuvo tan funestas consecuencias? Son corruptos e irresponsables. Era difícil imaginar hace pocos años la situación miserable en que estamos, han iniciado una fractura social y la desestabilización, lo que puede progresar a la violencia.

Cuando acabó Luis este discurso quedamos en silencio; yo, perplejo, le reflexioné que los días tan fríos le habían entristecido demasiado; eran más agradables sus juicios de los días templados. Respondió contundente, “no conozco a nadie de mi entorno que, investido directa o indirectamente por el poder político, no le ajuste bien el calificativo de corrupto y sinvergüenza”. Quedé petrificado, pero no pude rebatirle con ningún ejemplo. La única personalidad, que no se ajustaba a ese perfil, que llegó a mi mente, tenía otro origen, y estaban siendo juzgada por su compromiso con la justicia y por su vocación y entrega en la defensa de la sociedad, cualidades manipuladas por el poder corrupto, para que fuera condenado por los instrumentos del sistema, en este pseudoestado de derecho, repleto de cinismo y falta de principios.

José J. Santonja Lucas- Profesor de la Universitat de València

Publicado en el Levante-EMV el 16/02/12